

Prólogo

“No existe en el mundo nada más poderoso que una idea a la que le ha llegado su hora.” Víctor Hugo

“La imaginación es más importante que el conocimiento.”

Albert Einstein

Este libro arroja una mirada al futuro. Trata acerca de una utopía que alguna vez será realidad. Una utopía que además ya existe parcialmente y se encuentra arraigada profundamente en la conciencia de muchas personas. No es relevante, en qué momento pueda hacerse realidad en todo su alcance. Lo que importa de verdad es que cada vez más ciudadanas y ciudadanos vayan comprendiendo que la situación actual, tanto económica como social, es insostenible y que urge encontrar una alternativa.

Los primeros capítulos deben ser entendidos como un llamamiento para no olvidar aquello que se impuso en los últimos tiempos invocando a la “economía libre de mercado”. Debemos grabar en nuestra memoria los excesos en materia de retribuciones salariales que se permiten hasta el día de hoy muchos ejecutivos de corporaciones y bancos, miembros de directorios, consejos de administración, dueños de *hedge funds* o fondos de inversión libres y ciertos especuladores que siempre salen ganando. Recordar de qué manera millones y miles de millones desaparecieron y continúan desapareciendo en sus bolsillos. Y que toda esta enorme redistribución se hace en favor de los ricos y súper-ricos y en detrimento de cientos de millones de no privilegiados.

A continuación se intentará explicar porqué semejantes evoluciones no son simplemente el resultado del descarrilamiento de determinados individuos culpables de una singular falta de escrúpulos. Habremos de demostrar que estos abusos son la consecuencia lógica de un sistema económico y social basado en el egoísmo. En el egoísmo tanto individual como grupal. Es decir, consecuencia lógica de la ciega observancia del principio de maximizar utilidades sin tener en cuenta los efectos sociales y ecológicos.

Finalmente, en la parte principal de esta investigación, se desarrollará la búsqueda de una alternativa realizable que, por un lado, debe ser de naturaleza impositiva y, por el otro, debe traer consigo un cambio estructural profundo en el sistema productivo en lo que se refiere a la relaciones de propiedad imperantes.

* * *

El sistema capitalista, tal como pudo desplegarse en los últimos años y décadas bajo el dictado del neoliberalismo, ha dado pruebas de su inutilidad para la sociedad vista como un todo.

Demasiado tiempo se nos ha machacado con que una economía globalizada –con un mínimo de regulación y control estatal y lo más ampliamente privatizada posible– serviría al bienestar de toda la población mundial y triunfaría definitivamente sobre la plaga del hambre. Algunos centenares de corporaciones transnacionales y grandes bancos dominan hoy cual gigantesco oligopolio global el acontecer económico, financiero y político de todo el planeta según su propia discrecionalidad y sus propios intereses. También en la esfera cultural, su influencia ha alcanzado, entretanto, dimensiones insostenibles. Semejante concentración de poder es, cuanto más tiempo dure, tanto menos compatible con un orden democrático verdadero.

En los años inmediatamente anteriores a la gran crisis que hoy nos afecta, la economía mundial capitalista todavía pudo sacar provecho todavía del rápido crecimiento de países con gran empuje, los denominados países BRIC (Brasil, Rusia, India, China), de las corrientes de dinero en veloz aumento y de la disponibilidad de una nueva mano de obra barata y obediente de millones y millones de trabajadores. No obstante, se produjeron diversas crisis financieras en rápida sucesión (México, Sudeste Asiático, Rusia, Brasil, Argentina, la burbuja de la *New Economy*). Las mismas pudieron ser superadas (sólo en apariencia), pateando para adelante la solución de los problemas estructurales mediante nuevas emisiones de dinero y deuda, cada vez, por montos billonarios.

No fue, por lo tanto, una gran sorpresa para economistas previsores, que se produjera la explosión de la burbuja siguiente –esta vez en el sector inmobiliario de los Estados Unidos– provocando un derrumbe, cuyas consecuencias se extendieron como un tsunami sobre amplios sectores del planeta. Por ahora, las economías de China e India que exhibieron tasas de fuerte y persistente crecimiento, salieron indemnes y, por el efecto de remolque, pudieron también sostenerse algunos de los exportadores más importantes de materias primas tales como Australia, Brasil (después de la crisis de los noventa), Chile, Perú, Nigeria e Indonesia.

Como problema más importante de los países centrales, se reveló en este momento (para observadores esclarecidos, ya mucho antes) el endeudamiento imparable de estados, empresas y particulares. A partir de mediados de la década de 1970, cuando surgieron las primeras señales de esta evolución errónea en América Latina, todavía estos síntomas de crisis podían ser considerados como un mal necesario para el “despegue” de algunas economías del Tercer Mundo* - un mal, que algún día se corregiría por sí solo, cuando esas economías se pusieren en marcha de una vez por todas. En aquellos tiempos casi nadie en el próspero Norte hubiera pensado que, apenas algo más de una generación más tarde, dificultades muy parecidas les harían la vida difícil a sociedades y países ricos, aún a aquellos de “posibilidades ilimitadas”.

Todos hemos arribado adonde unos pocos nos han llevado. Los Estados Unidos, Japón y varios países miembros de la Unión Europea (UE) presentaron, ya inmediatamente después del cambio de milenio, coeficientes de endeudamiento (relación entre los pasivos exigibles y el Producto Bruto Interno, PBI) que no presagiaban nada bueno para los tiempos venideros. También en medios masivos de prensa burgueses muy renombrados, que habían escondido la cabeza como el avestruz por largos años, esta conclusión se fue imponiendo gradualmente. Sin embargo hasta el presente, todos los esfuerzos de los correspondientes gobiernos, Bancos Centrales e instituciones globales como el Fondo Monetario Internacional (FMI) y el Banco Mundial se limitaron a medidas cosméticas y acciones de rescate, cuyos costos

mayoritariamente debieron ser sobrellevados por todos los contribuyentes de los respectivos países.

Mirando hacia atrás, se puede decir que en esta crisis del sistema capitalista hubo tres momentos clave. El primero ocurrió en 1971, cuando el presidente norteamericano Richard Nixon cerró la denominada ventana del oro, o sea, prohibió la posibilidad, aprovechada sobre todo por los franceses, de cambiar dólares por oro a voluntad. El motivo más profundo de la desaparición de las reservas de oro norteamericanas fue la pérdida de confianza en la potencia mundial número 1 de poder mantenerse como tal a largo plazo, situación que iba unida al curso nefasto de la Guerra de Vietnam.

Un segundo acontecimiento fue la revocación de la ley Glass Steagall por parte de Bill Clinton quien, después de años de vacilaciones, cedió ante la presión del neoliberalismo y dejó el camino libre a la irresponsabilidad en el mundo financiero. Esa ley había entrado en vigencia en 1933 y había tenido como objetivo evitar un crecimiento de los bancos demasiado desenfadado, potencialmente explosivo y, debido a ello, peligroso. Ronald Reagan, George Bush padre e hijo, finalmente también Barack Obama, pero sobre todo los dos presidentes del Sistema de Reserva Federal de los Estados Unidos, Alan Greenspan y Ben Bernanke, que antes y después del trascendental paso de Bill Clinton en 1999 de consecuencias muy graves, fueron los que jugaron el papel de servir a la política financiera mundial siendo fieles y obsecuentes ejecutores de órdenes de los instigadores neoliberales.

El tercer punto de inflexión se produjo en agosto de 2011, cuatro años después del comienzo de la etapa aguda de la crisis capitalista, cuando la agencia calificadora de riesgo Standard & Poor's bajó la evaluación de solvencia de los Estados Unidos, por primera vez en la historia, del ideal AAA a AA+ y determinó como "negativas" las perspectivas financieras de la potencia mundial en desmoronamiento. Con esto se dejaba traslucir, que la capacidad de pago de los dueños y garantes de la moneda líder del mundo peligraría en un futuro no demasiado lejano. Una conclusión tardía, en realidad.

* * *

Sin tomar en cuenta las amargas experiencias por las que América Latina debió transitar ya en la década de 1970 y sobre todo a partir de 1982 en medio de un completo derrumbe financiero, los neoliberales observaron con indiferencia, cómo las olas de la marea se ponían a rodar desde los más diversos rincones del globo. Los semáforos en rojo que -con un coeficiente de endeudamiento del 60%- se encienden con inexorabilidad, fueron simplemente ignorados por los políticos responsables de casi todos los países afectados. Las "leyes" del interés y del interés sobre el interés hicieron el resto. En 2010, hasta los más ciegos representantes del poder burgués y sus portavoces en los medios de comunicación masivos debieron admitir que las marcas críticas -con coeficientes del 100% y más en diversos países europeos y también en los Estados Unidos y de más del 200% en Japón- habían sido superadas hace mucho y que las consecuencias de semejante frivolidad podrían ser de gran perjuicio para todo el sistema financiero global.

El terrible terremoto de marzo de 2011 y la subsiguiente catástrofe nuclear de Fukushima fueron, en realidad, sólo unas gotas más que hicieron rebalsar el vaso. Que en el transcurso de

estos sucesos conmocionantes, la decadencia del dólar norteamericano como divisa mundial también entrara en una nueva fase especialmente dramática, no fue, seguramente, una casualidad. El “castillo de naipes financiero”, basado desde hacía por lo menos una década en una economía de endeudamiento acelerado y turbios negocios en relación con el boom inmobiliario, o sea, sobre fundamentos podridos, comenzó a desvencijarse visiblemente.

Quizá ningún otro documento de la época refleje mejor la gravedad e irresponsabilidad de las maniobras de banqueros y corredores de bolsa e inmobiliarios y la desidia de los órganos de vigilancia e instancias parlamentarias de control, que la película documental de Charles H. Ferguson “Inside Job” de 2010. Demuestra ante los ojos del público que, desde hace más de una década, cada crisis financiera es peor a la anterior. Que además todas ellas habían surgido en relación a gravísimos casos de corrupción que, a su vez, fueron sancionados solamente en casos aislados con multas y por sumas ridículas por parte de las instancias de control en los Estados Unidos.

La película muestra cómo la locura alcanzó su grado máximo con características indudablemente criminales al compás del crecimiento de la burbuja inmobiliaria -en su grado más claro con el caso de los Credit Default Swaps (CDS, una especie de “seguro” contra insolvencia) que, sobre todo, fue la perdición para la aseguradora más grande del mundo, la norteamericana AIG con pérdidas de casi 200 mil millones de dólares.

El Congreso de los Estados Unidos observó impertérrito estas salvajes actividades, a pesar de que muchos vieron venir el desastre. Lo mismo vale para el FBI, que no pudo decidirse por ninguna acción eficaz y duradera para poner fin a las fechorías de los “tiburones financieros”. Por su parte, las agencias calificadoras de riesgo reaccionaron demasiado tarde debido a su complicidad con los bancos -entretanto hecha pública-, empeorando el desmoronamiento aún más. En la película, los representantes de estas instituciones tuvieron la oportunidad de tomar posición frente a estas recriminaciones, que se alzaban contra ellos desde diversos sectores. Muchos rehusaron hacer cualquier declaración, otros negaron su responsabilidad con argumentos poco convincentes e insolencia pintada en el rostro, algunos se embrollaron frente a la cámara en forma más que patética.

Hoy se sabe que el mundo financiero no aprendió casi nada de la crisis de 2008/9 y que continuó con más de lo mismo. La orgía de los “banksters” prosiguió con excesos de lujo y visibles signos de decadencia. El resultado tangible de estos manejos son millones de subastas forzosas, millones de personas en los Estados Unidos que viven desde entonces en condiciones miserables y que sobreviven gracias a las *food stamps* (ayuda alimentaria estatal). Las consecuencias podrían ser todavía más graves: en opinión de algunos economistas, después de una probable etapa transitoria de deflación, podría darse una inflación galopante de marcada y rápida aceleración que, en el peor de los casos, terminaría como en la década de 1970 en una *stagflation* (estancamiento económico más inflación irrefrenable) con quiebras masivas en la economía productiva y desocupación en sostenido aumento.

Mientras tanto los oligarcas financieros continúan cobrando salarios anuales de decenas de millones de dólares o euros o fueron despedidos con “paracaídas de oro”. Sus máquinas de dinero continúan creciendo sin parar convirtiéndose en monstruos cada vez más temibles. Sólo en los Estados Unidos, el sector financiero gasta 5 mil millones de dólares anuales

haciendo lobby en el Congreso. Está estrechamente conectado con el sector universitario. Este, a su vez, se deja financiar generosamente por el mundo financiero y abastece a sus patrocinadores con “argumentos” que apoyen la continuidad de la política ultraliberal. Reputados profesores de universidades prestigiosas al servicio de los bancos entregaron dictámenes supuestamente científicos antes de la irrupción de los primeros síntomas de la crisis, conteniendo juicios y conclusiones con errores grotescos, por ejemplo sobre Islandia, antes de que este estado europeo se fuera a la quiebra. El director Ferguson y su equipo les piden explicaciones a algunos de estos científicos prominentes y los desenmascaran sin miramientos.

En su campaña electoral (2008) Barack Obama denunció estos abusos. Una vez llegado al poder, no fue capaz de tomar medidas duraderas para desactivar la crisis. ¿Le faltó cuota de poder? ¿Careció de asesoramiento sensato? ¿Le faltó coraje? La sentencia de un experto de apariencia creíble, que tiene la última palabra en la película, responde: “En Washington, hoy en día, Wall Street está en el gobierno igual que siempre. Ejerce como nunca antes el poder sobre este país.”

* * *

Si hasta ahora se ha hecho algo para solucionar el problema, fue casi siempre siguiendo el lema “privatización de las ganancias, estatización de las pérdidas”. El objetivo de los esfuerzos de rescate nunca fueron Grecia o la población griega, los portugueses o irlandeses, sino los acreedores, o sea, los grandes bancos integrados en la red internacional, las compañías de seguros y otros inversores importantes. Por lo demás, estas experiencias ya se habían vivido en Argentina diez años antes. También allí habían desfilado varios *bail out* (acciones de rescate financiero) que en conjunto sirvieron a los mayores acreedores al darles tiempo suficiente para poner a salvo buena parte de sus capitales y, al mismo tiempo, aumentaron el fardo de la deuda que pesaba sobre los hombros de la población local.

Después de los primeros frentes de tormenta que se abatieron entre 2007 y 2009 sobre las regiones en crisis en el Norte, espíritus ingenuos podrían haber creído aún que el peligro de un descalabro financiero y económico todavía mayor había sido evitado. Los banqueros volvieron rápidamente al *business as usual*. Allí donde sus bonificaciones escandalosas fueron suprimidas o al menos reducidas, se elevaron proporcionalmente sus salarios fijos (o al revés). Cuando la economía real no quiso volver a arrancar, el gobierno norteamericano y la Reserva Federal buscaron su salvación atornillando la tasa activa para operaciones de descuento en cero y, al mismo tiempo, poniendo en circulación billones de dólares en el marco de un denominado *quantitative easing* (flexibilización cuantitativa).

Una parte considerable de esta marea de dólares fluyó al comercio y la especulación con materias primas, impulsada por el miedo ante la devaluación monetaria amenazante –que en algunas economías nacionales ya se estaba produciendo- y por el afán eterno de ganancias rápidas. Diferentes gobiernos se apresuraron en cerrar contratos bilaterales con países del Hemisferio Sur, que para estos contenían cláusulas sobre patentes aún más estrictas, pero para los del Norte permitían un acceso aún más libre a los mercados del Sur, todavía más protección a las inversiones, equiparación de trato con las empresas locales y usufructo aún más amplio de los recursos financieros de los países anfitriones. O sea, que las antiguas

colonias debían tener a bien ayudar a las potencias neocoloniales a entenderse con la crisis, después de que las negociaciones multilaterales en el marco de la Organización Mundial de Comercio (OMC/WTO) sobre el mismo círculo temático hubieran fracasado por la resistencia (ampliamente justificada) de algunos grandes países emergentes.

Bajo el peso de las montañas de deuda y de los consecuentes déficits presupuestarios que crecieron hasta la desmesura (en los Estados Unidos por momentos sobrepasaron holgadamente el 10% del PBI) los dirigentes de aquí y de allí decidieron someter las prestaciones sociales a las “leyes” de la eficiencia de la economía de empresas o incluso, sin pérdida de tiempo, directamente suprimirlas. Muchos ciudadanos comenzaron a preguntarse ansiosamente, adónde habían ido a parar todos esos miles de millones que habían sido movilizados para el rescate de banqueros irresponsables. Por de pronto, era de prever que las luchas por la distribución de la riqueza pudieran radicalizarse cada vez más, debido a la crisis aguda.

Dejando de lado muy pocas excepciones (por ejemplo Dinamarca y Noruega), la “desigualdad” social había aumentado visible y sensiblemente ya desde muchos años antes. Lo que bajo esta palabra (más bien un eufemismo) en realidad debe entenderse, fue comprendido por la gran masa de ciudadanos comunes siguiendo cada paso: una concentración cada vez más unilateral de la riqueza en pocas manos, mientras la mayoría de la población debía aceptar reducciones más o menos dolorosas en sus ingresos reales.

Ya entonces muchos presintieron que semejante desigualdad –tal como advirtieron dos autores que citaré más detalladamente (Wilkinson y Pickett)- habría de causar mucha desgracia en lo personal, social y político. Los problemas sanitarios crónicos no resueltos y la violencia son fenómenos que caracterizan a las sociedades con diferencias sociales enormes. Contrastes extremos, tal como entretanto se han vuelto corrientes casi en todas partes, llevan a la pérdida de confianza en las instituciones, abren abismos entre las clases sociales y entre grupos de diferentes etnias y provocan la desintegración de comunidades.

En el centro de mis esfuerzos por proponer un orden económico y social alternativo, que desplace la mentalidad utilitaria y competitiva poniendo en primer plano la idea de solidaridad, está la preocupación por los conflictos desatados en prácticamente todo el mundo “desarrollado” en relación con la inmigración, extranjerización, islamización y el racismo. Por momentos parecería que corremos peligro de caer en un régimen de extrema derecha con sus diversas máscaras y caretas repugnantes.

La política de partidos, movimientos y grupos civiles conservadores, populistas de derecha y de extrema derecha siempre termina en que las causas profundas que subyacen bajo el fenómeno de los crecientes movimientos migratorios son barridas simplemente bajo la alfombra. Las raíces de esta evolución deben buscarse, en mi opinión, en las estructuras injustas de la economía y del comercio mundial, que yo considero como la expresión de un sistema económico y social injusto desde la base que, en último término, sólo admite como válida la fuerza del más grande y poderoso y lleva la ambición por la maximización de la ganancia al extremo.

No seguir transitando este camino errado, se convierte para todos aquellos que creen en la democracia y la solidaridad, en un mandamiento apremiante. Sólo con más equilibrio social (que no debe confundirse con una nivelación generalizada) podremos lograr una sociedad armónica y pacífica y una calidad de vida satisfactoria para todos.

* * *

En los últimos siglos, desde la Ilustración, la ciencia y la técnica realizaron enormes progresos. Muchos adelantos implicaron –por lo menos para las minorías privilegiadas- una vida cada vez más confortable, que las máquinas ejecutaran progresivamente el trabajo pesado, que los hombres dispusieran de cada vez mayor tiempo libre y estuvieran en situación de disfrutar todo tipo de consumo lujoso y placer refinado.

La revolución en las comunicaciones mundiales, sin embargo, nos abre los ojos a la evidencia de que, hasta ahora, sólo una minoría de la sociedad mundial accede al deleite de estos frutos. Miles de millones de personas permanecen en el segmento más bajo de la pirámide sin esperanza de poder abrir alguna vez la puerta hacia una vida mejor. La próxima etapa de la historia de la evolución debe consistir, por lo tanto, en poner al alcance de todos, las conquistas más importantes de la ciencia y la tecnología. El *know-how* para lograr este objetivo está a nuestra disposición. Sólo a partir de esta perspectiva, el desarrollo puede tener algún sentido en el siglo XXI.

Ante la brutalidad del neoliberalismo, cada vez más personas llegan a la conclusión de que no podemos seguir transitando a ciegas el camino de la eficiencia y la productividad (mal comprendidas), porque demasiados terminan siendo arrollados tanto en el Sur subdesarrollado como también en el adinerado Norte. Que entonces será necesario un desarrollo social cualitativo en lugar de uno meramente económico cuantitativo para alcanzar y asegurar a largo plazo una convivencia básica armónica de clases, etnias y pueblos.

Está claro que el modelo de una sociedad alternativa que aquí se propone, despertará resistencias enormes en los privilegiados de hoy (individuos y empresas). Porque el núcleo central de lo que se describirá a continuación, es la introducción de una política impositiva fuertemente progresiva en contra de aquellas clases sociales que viven en la suntuosidad. Los oponentes a un orden económico y social solidario intentarán difamar, con todos los medios a su disposición, este proyecto tildándolo de “comunista” o como simple fruto de la envidia y evitar así un debate a fondo.

Desde el ala conservadora-burguesa también se tratará de minimizar este proyecto calificándolo de utopía inútil y desquiciada. Los nuevos enfoques sociales y económicos fueron siempre rápidamente descalificados como delirios por los ricos y poderosos. Todo depende, como quedó dicho al comienzo, de lo que se quiera entender bajo utopía. Ésta puede ir en contra de toda lógica y sensatez. Pero puede ser también la formulación de un objetivo lejano, que en el presente parece ser demasiado elevado, al que, sin embargo, uno puede ir acercándose paso a paso con adecuada amplitud de miras, con medios políticos legítimos y la necesaria perseverancia.

* * *

Si en el curso de estas exposiciones dirijo la atención a los países escandinavos, lo hago con conciencia plena de que hoy existe un abismo ancho y profundo entre éstos y amplios sectores del resto del mundo. La recriminación de que sería utópico exhibir ante el aún, en algunos aspectos, poco desarrollado Sur un modelo social del extremo Norte, es ciertamente plausible. A pesar de eso, creo que también América Latina, África y Asia pueden aprender y aprovechar las experiencias de los países nórdicos. Incluso la mayoría de los otros países europeos pueden hacerlo, ya que allá también amplios sectores parecen desconocer la realidad escandinava.

Las sociedades de los cuatro países (Noruega, Dinamarca, Suecia y Finlandia) pueden servir de modelo en aspectos importantes a todo el resto. Es que se trata de naciones que desde hace varias décadas llevan adelante una política social e impositiva progresista y ejemplar y, debido a eso, han colocado una piedra basal para una sociedad relativamente armoniosa y libre de violencia. El análisis y la discusión de su modelo sólo pueden tener efectos positivos en todo el mundo, aun cuando una imitación o adaptación, de momento y justamente para países de Centroamérica y América del Sur, puede que estén todavía muy lejos. Tengo la convicción de que aquí estamos ante una de esas utopías, que en un futuro mediato también pueden volverse realidad en esos países.

Hablar de libertad sólo tiene sentido, cuando el poder económico y político está distribuido con justicia en una sociedad. Visto así, libertad y justicia son inseparables. Debido a eso, la disolución de todos los instrumentos de poder ilegítimos e ilegales del capital es una premisa fundamental para la libertad: los cárteles, monopolios y oligopolios, pero también la abolición del anonimato en la circulación de capitales, la eliminación del dominio antidemocrático de poderosos grupos económicos sobre los medios de comunicación, su representación desproporcionada en los parlamentos y las maquinaciones irrefrenables de sus lobbies.

Emprender la obra de la reforma radical podría verse facilitada por el hecho de que justamente ahora las contradicciones internas del sistema imperante eclosionan con toda su virulencia. A comienzos de la segunda década del siglo XXI presenciamos muy de cerca, cómo el capitalismo de cuño neoliberal se estrangula a sí mismo progresivamente. En los Estados Unidos, país núcleo del capitalismo, este colapso sucesivo se desarrolla de manera especialmente clara y visible: endeudamiento sin remedio, tendencia al estancamiento económico, déficits desbordados e inundación de los mercados con billetes y contratos de futuros de todo tipo. Los impactos sociales de la crisis financiera y económica cobran dimensiones alarmantes a ojos vistas. La estadística oficial contabiliza ya un índice de pobreza superior al 15%.

La concentración de la riqueza en cada vez menos manos aumenta de manera incontenible a nivel mundial. El sobreendeudamiento a raíz del mal uso de las tarjetas de crédito, de las quiebras o casi quiebras estatales en varios países, de la evasión fiscal de ricos y súper-ricos, de individuos, familias, clanes, mafias y grandes empresas, que pueden maquillar contabilidades y declaraciones de impuestos a su antojo y, como consecuencia de todo lo anterior, la erosión paulatina del presupuesto público, la lenta caída de amplios segmentos de la clase media por causa de la pérdida de millones de puestos de trabajo... todo esto en un movimiento espiral acelerado y en permanente realimentación entre los diferentes factores.

Semejante acumulación de síntomas críticos sólo puede culminar en un cambio radical. La población común que trabaja duramente y a conciencia, ve que los frutos de sus esfuerzos enriquecen cada vez más desmesuradamente a una “élite” de millonarios y sus acólitos en la economía financiera, y por eso con razón se siente estafada con toda razón. Poco a poco ha surgido una sociedad, cuya mayoría es mantenida en estado de ignorancia por la enajenante oferta de muchos medios de comunicación masiva, especialmente de la televisión y, en consecuencia, está políticamente paralizada. En este sentido, la situación parece comparable con aquella anterior a la Revolución Francesa –con la diferencia de que, en aquel entonces, era el clero el que oprimía al pueblo mediante la manipulación de la opinión pública.

La monumental concentración de la riqueza de las últimas décadas transcurridas, resultado sobre todo –pero, como veremos más adelante, no exclusivamente- de la política neoliberal, nos ha conducido a una situación económica, social y política explosiva. Con la erupción de graves crisis en el mundo árabe, los riesgos de la polarización social quedaron demostrados. Pero también los problemas de déficits crecientes y enorme endeudamiento en los presupuestos de todos los niveles (estados, regiones, empresas, particulares) tienen estrecha relación con la mecánica del sistema imperante desde alrededor de 1980.

El neoliberalismo, sin embargo, tan solo parece haber reforzado y acelerado la acumulación de cargas explosivas en la sociedad. En verdad, la tendencia a una cada vez mayor concentración de riqueza y poder apunta a un “defecto congénito” del capitalismo. Su capacidad de permitir el derrame de bienestar sobre las clases bajas y muy bajas de la pirámide poblacional ha demostrado ser, en casi todas partes, muy escasa.

Únicamente allí donde un Estado con conciencia y responsabilidad social intentó corregir mediante intervenciones dirigidas y en parte masivas, esta tendencia subyacente del capitalismo (como, por ejemplo, en Escandinavia y en algunos países de Europa Central después de la Segunda Guerra Mundial bajo influencia de la socialdemocracia), las tendencias a la polarización pudieron –a veces sólo de manera transitoria- ser atenuadas. De todos modos, unas pocas excepciones geográficas e históricas no bastan, a mi juicio, como prueba de la idoneidad de este sistema para crear sanas condiciones sociales sanas.

* * *

Lo que también caracteriza fuertemente a la economía privada hegemónica del presente es la creciente irresponsabilidad (*moral hazard*) de algunos gobiernos, bancos y corporaciones. La problemática del *too big to fail* (“demasiado grande para fracasar”, o sea, el peligro del derrumbe de grandes corporaciones, que en casos de urgencia deben ser rescatados por el sector público, es decir, con el dinero de los contribuyentes), una consecuencia lógica de la concentración de la riqueza, produce la salida de control (cuanto más larga, más obvia) de todo el sistema. El peligro de un derrumbe global se ha vuelto perceptible con toda claridad a comienzos del siglo XXI.

La causa profunda de este desarrollo erróneo, que habría de resultar tan amenazador como la polarización social, parece ser una esquizofrenia intrínseca al sistema. Los responsables de la política económica y financiera de Washington pasando por Bruselas y Berlín y llegando hasta Tokio, ya no reúnen el coraje suficiente como para confiar en las tan a menudo

invocadas “leyes naturales” del capitalismo, sobre todo en su (supuesta) capacidad de autopurificación. Síntomas graves, potencialmente muy peligrosos, ya habían surgido a fines del siglo XX, cuando colapsó por primera vez un gran *hedge fund* (el Long Term Capital Management), cuando poco después, también en los Estados Unidos, varios gigantes de los sectores industrial y de servicios se fueron a la quiebra y, al mismo tiempo, estalló la denominada “burbuja de la *New Economy*” en las bolsas.

A partir de allí en los centros del mundo capitalista, los problemas, conflictos y las contradicciones solamente se fueron “administrando” en sus aspectos principales. Simplemente se los postergó para más adelante, permitiendo así que se volvieran cada vez más grandes y explosivos. En pocos países, la conducción política fue lo suficientemente sabia como para frenar a tiempo la espiral del endeudamiento y descomprimir la situación por medio de reformas estructurales. Nuevamente forman parte de estas raras excepciones los países escandinavos, Austria, Suiza y un puñado de pequeños estados.

El trasfondo de la irresponsabilidad y de la falta de coraje debería ser analizado, en realidad, por politólogos y psicólogos. ¿Será quizás que en las personas que han alcanzado tanta riqueza y tanto poder, como es el caso de las minorías hoy reinantes, el envanecimiento aumenta excesivamente? ¿Qué en ellos se refuerza la tendencia a pensar “después de nosotros, el diluvio”? Han acumulado para sí tantas reservas, que pueden estar seguros de poseer lo suficiente para ellos y toda su descendencia por siempre jamás... Esta mentalidad que casi siempre cierra los ojos frente a la pobreza (salvo excepciones que entonces devienen en mecenazgos) y que va de la mano con las diversas tentaciones de una vida de lujos y placeres, sólo puede conducir a la decadencia.

Lo trágico en todo esto es que la decadencia, como ha descrito magistralmente Thomas Mann en su novela “Los Buddenbrook”, no arrastra al precipicio sólo a algunas familias aisladas, sino que tiene también consecuencias nefastas en el entorno cercano y más lejano de la sociedad y de la economía. Pero cuando el espíritu conservador, que sin duda en algunos aspectos de la vida puede tener su justificación, fracasa de tal forma, entonces es tiempo de reformas radicales.

Su hora tal vez llegue recién en el momento, en el que del capitalismo, tal como lo conocemos en el presente –pervertido completamente por neoliberales, neofeudales y neofascistas-, sólo queden ruinas humeantes. Pero también podría ser que el hilo de una sociedad solidariamente orientada y organizada sea retomado mucho tiempo antes. Células llenas de vida para semejante renovación social, cultural, ética y política no faltan. Ellas ya se encuentran diseminadas por todo el planeta y pueden desarrollarse algún día en un nuevo movimiento global que luche por los ideales de justicia y solidaridad.

* Hace ya un tiempo que el concepto “Tercer Mundo” es considerado obsoleto e inapropiado en círculos académicos. Proviene de la época de la Guerra Fría y del Movimiento de Países No Alineados. Cuando aquí, a pesar de eso, se lo utilice ocasionalmente, comprenderá al conjunto de aquellos países que no han alcanzado el status de países emergentes, sino que exhiben, hoy como ayer, las características típicas del subdesarrollo crónico.